Ilustración: Sol Díaz

REGIÓN DEL BIOBÍO

Obsesión carmesí

Eduardo Enrique Cea Garrido

Se dice que en el campo chileno, en Vegas Blancas, un sector rural a los pies de la cordillera de Nahuelbuta, habita un hombre que es conocido en el lugar. Es un alcohólico empedernido, no hay fiesta a la que no asista; un fanático del vino tinto y su dulce sabor.

Este hombre no desperdicia ni una gota de vino en una copa, bebe directo de la caja o de la garrafa, y si observa algún concho en algún vaso sin terminar, se lo bebe sin rechistar. Esto le ha hecho ganarse el apodo de Concho Vino.

Todos lo conocen por tener un aspecto descuidado; su vestimenta consistía en un sombrero de huaso negro desteñido y deshilachado, una manta de castilla al tono de su sombrero y unas ojotas.

Era un hombre de baja estatura, de piel morena y un bigote desaseado.

Una noche, en una fiesta llamada Cantar Campesino, la cual dura hasta que las velas no ardan, se encontraba presente Concho Vino, bailando entre la multitud mientras un grupo cantaba en vivo. Participó en varias carreras de caballos las cuales ganó, pero en vez de irse a casa, gastó todo en la parranda. Sus amigos le advirtieron que no gastara ni bebiera tanto, y menos que fuera a casa solo en aquel estado. Pero Concho Vino, terco y bien entonado, se negó y montó su caballo y se fue remolineando, creyéndose el más diablo. Era una noche oscura de esas en que no se ven ni las manos, no se veía nada, y él iba borracho, por lo que, en un descuido, cayó del caballo. Por un momento pensó haber caído al suelo, pero notó que aún no había tocado el piso, solo una piedra enterrada en la espalda al final del barranco lo hizo darse cuenta.

En esa oscura noche, Concho Vino encontró su muerte en aquel barranco…

Desde entonces se rumorea que Concho Vino pena en los lugares cercanos en donde se realizan fiestas. La música, el ruido, las risas, las carreras y juegos llamaban mucho su atención, pero lo que más le atraía era el vino…

Es tarde, el ánima de Concho Vino deambula por los campos de Nahuelbuta.

Mientras camina, escucha un ruido, son fuertes risotadas y música, se acerca a observar qué sucede…

Es gente reunida en una cancha, hacen carreras de caballos y bailan al ritmo de la música.

Concho Vino está a punto de irse, cuando observa una especie de licor rojo… Este era parecido a la sangre, lo cual llama su atención; solo lo mira y sonríe, sabe que esta es su oportunidad, conoce los efectos de aquella bebida mejor que nadie y que los puede aprovechar para poder saciar su insaciable obsesión.

Solo espera e intenta encontrar a la víctima perfecta…

Unos momentos después la encuentra: un hombre de mediana estatura, algo delgado y pasado de copas rondaba por aquel lugar. Se encontraba acompañado, mas ninguno de sus amigos estaba en condiciones óptimas para manejar…

Era solo cosa de tiempo para atacar.

Alrededor de las tres de la madrugada termina la fiesta… Aquel hombre desconocía que su verdugo lo acechaba…

Todos suben a una camioneta, están todos *cura'os como tagua*, pero deciden manejar de todas maneras. Concho Vino sonríe…

Encienden el vehículo y salen de aquella cancha para dirigirse a sus hogares. Deciden poner algo de música para amenizar aquel viaje. La música es ensordecedora, parece escucharse por todo el lugar.

Ellos cantan y celebran, esto hace que no se percaten de un pequeño detalle…

Un barranco frente a ellos, su destino estaba sellado. Concho Vino se cruza frente a la camioneta, el conductor solo ve una sombra que lo desvía al barranco, 10 metros de caída…

Nadie sobrevivió…

Concho Vino va a recolectar lo que le pertenece. Cuando llega, encuentra una escena indescriptible…

Sangre por todos lados. Saca una pequeña copa y se sirve algo de esta sangre para luego darle un sorbo y disfrutar esos grados de alcohol.

Concho Vino logró su cometido, sació su obsesión carmesí…

Eduardo Enrique Cea Garrido
14 años
Concepción
Primer lugar regional